

**EXILIADOS EUROPEOS  
Y CULTURA ANTIFASCISTA  
EN CIUDAD DE MÉXICO  
Y BUENOS AIRES (1936-1945).  
ALGUNAS HIPÓTESIS  
DE TRABAJO**

**Andrea Acle-Kreysing**

Ludwig-Maximilians-Universität Múnich

GESI, Universität Leipzig



Esta es la historia de un encuentro, a partir de la experiencia del exilio, entre distintas culturas antifascistas que sirvieron de puente entre Europa y América Latina. Como punto de partida, recorro a la idea de Enzo Traverso sobre el antifascismo como una «cultura del exilio», aunque no solamente gestada en metrópolis como Berlín, París, Moscú o Nueva York, sino también en otras capitales del exilio como Ciudad de México y Buenos Aires<sup>1</sup>. Propongo estudiar el momento antifascista en México y en Argentina, no solo de manera paralela, considerando que su política interna se vio afectada por la guerra civil española y por la Segunda Guerra Mundial, sino como países que asumieron una lectura específica de los acontecimientos europeos —escindidos entre dos polos, fascismo y antifascismo— como una problemática propia. Insisto en la importancia de estudiar a los actores que sirvieron de enlace entre procesos geopolíticos y preocupaciones locales, como los exiliados políticamente comprometidos, así como de analizar los procesos de apropiación e hibridación que hicieron posible ver la propia historia a través del prisma de los conflictos internacionales.

El estudio del antifascismo ha sufrido una transformación a lo largo del tiempo. En una primera instancia, el antifascismo formó parte de la narrativa heroica que convirtió a los movimientos de resistencia en mito fundacional de los regímenes de la posguerra, distorsionando frecuentemente la realidad histórica en aras de lograr legitimidad y consenso. Tras el colapso del socialismo real, esta visión moralista dio paso a una mirada más desengañada que, concentrándose en los movimientos antifascistas de inspiración comunista, redujo el antifascismo a una ideología instrumentalizada por la Unión Soviética<sup>2</sup>. Hoy en día, la historiografía ha puesto énfasis en la pluralidad de la experiencia antifascista, que, como señala Groppo, lejos de reducirse a una vertiente comunista, tuvo un buen número de variantes: socialista, anarquista, católica o liberal-democrática. La maleabilidad del antifascismo es una clave que permite entender su efectividad como «síntesis cultural»: más que una ideología o una doctrina, una mentalidad y un *habitus*, capaz de movilizar a una variedad de

---

<sup>1</sup> Enzo Traverso (2004): «Intellectuals and anti-fascism: for a critical historization», *New Politics*, 9, 6.

<sup>2</sup> Bruno Groppo (2007): «El antifascismo en la cultura política comunista», en Massimo Modonesi / Horacio Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM–Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 111, 114.

actores más allá de la extrema izquierda<sup>3</sup>. Según Rabinbach, el antifascismo pudo sobrevivir a los excesos o incoherencias de sus defensores, como el pacto entre Hitler y Stalin en agosto de 1939, en virtud de una retórica maniquea que exigía una decisión urgente entre alternativas fundamentales, como humanismo o terror, pasado o futuro<sup>4</sup>.

Como insiste Ricardo Pasolini, el antifascismo dio pie a una «puesta en escena» en clave fascismo *versus* antifascismo de los problemas de política interna de países afectados, aunque indirectamente, como México y Argentina<sup>5</sup>. En un contexto donde el fascismo dejó de ser un fenómeno europeo para convertirse en uno global, la mera amenaza —real o imaginaria— de un «fascismo criollo» que viniera a apoderarse de los destinos nacionales dio pie a un sinnúmero de reflexiones sobre lo que tal peligro significaba. Por un lado, se destacaban los agentes externos: la nefasta influencia de espías y propaganda del Eje, cuya labor de zapa era facilitada por las comunidades extranjeras en los países latinoamericanos. Por el otro, más que de un nacionalismo a la defensiva, se trataba de una meditación sobre lo cercano que resultaba el fascismo a problemas propios, o sea, las tendencias dictatoriales, represivas e incluso clericales de los gobiernos locales. Además del componente *anti* del movimiento, dirigido ya sea en contra de los fascistas de afuera o de los de adentro, el antifascismo supuso también una idealización del futuro. Se trataba de diagnosticar los síntomas, pero también de ofrecer una cura definitiva. Si el antifascismo sirvió a los exiliados como un punto de partida para vislumbrar una nueva España, Alemania o Italia, este también serviría a los latinoamericanos para imaginar un nuevo México o una nueva Argentina en un mundo posfascista.

Aun partiendo de la base de que el antifascismo es un discurso oportunista y a la postre efímero, Michael Seidman propone dos tipos básicos de antifascismo para el período entre 1936 y 1945<sup>6</sup>. En primer lugar, el antifascismo de corte

---

<sup>3</sup> Anson Rabinbach (2009): «Paris, Capital of Anti-Fascism», en Warren Breckman / Martin Jay (eds.), *The Modernist Imagination. Intellectual History and Critical Theory*, Nueva York, Bergahn, 184-185.

<sup>4</sup> Anson Rabinbach (1996): «Introduction: Legacies of Antifascism», *New German Critique*, 67, 5, 9.

<sup>5</sup> Ricardo Pasolini (2013): *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 26.

<sup>6</sup> Michael Seidman: «Atlantic Antifascisms, 1936-1945», ponencia presentada en la conferencia internacional «Antifascism as a Transnational Phenomenon: New Perspectives of Research» (Sarrebruck, Alemania, 13-14 de octubre de 2014). Seidman propone también una definición mínima de antifascismo:

1) La lucha contra el fascismo del Eje como prioridad máxima, la cual suponía la necesidad de colaborar

revolucionario que surgió durante la guerra civil española, con notas anticlericales y un cuestionamiento de la estructura de la propiedad, y que luego estaría asociado a los movimientos de inspiración comunista que proponían el modelo soviético como ejemplo a seguir. Pero en segundo lugar, y aquí es donde Seidman pone un mayor énfasis, hubo también un antifascismo que no era revolucionario y que incluso llegó a ser contrarrevolucionario, el cual desplazó al anterior y que dominaría la alianza antifascista durante la Segunda Guerra Mundial. Más que proponer una transformación radical de la sociedad, este discurso antifascista se centró en defender y restaurar a regímenes preexistentes, asociados a los valores de la democracia liberal. Este antifascismo contó *grosso modo* entre sus filas con socialdemócratas, tradicionalistas, conservadores e imperialistas.

El antifascismo en sus variantes mexicana y argentina osciló también entre estos dos polos, el revolucionario y el contrarrevolucionario. En términos generales, las promesas revolucionarias asociadas al antifascismo fueron perdiendo vigor entre 1936 y 1945. En México, el cambio social que se suponía aparejado a la lucha en contra del fascismo fue paulatinamente desplazado por una retórica centrada en la «unidad nacional» y en la alineación con Estados Unidos; en Argentina, la sensibilidad antifascista se vio coartada en sus intentos de volver a las libertades constitucionales y de abandonar la neutralidad durante la guerra, para perder su última batalla, la de evitar el ascenso al poder de Juan Domingo Perón en 1946.

A nivel de las estrategias discursivas del antifascismo, encarnado en una multitud de actores y ajustadas para la ocasión, no siempre es tan fácil trazar la línea entre los propósitos revolucionarios y los contrarrevolucionarios, ni hallar el justo medio. Un buen ejemplo es el significado tan polivalente que la palabra ‘democracia’ adquirió en los escritos de la época, entre una acepción constreñida a la política y otra extensiva al ámbito social y económico. Por un lado, ‘democracia’ significaba respeto al voto y al gobierno constitucional, en la línea del liberalismo decimonónico; por el otro, enfatizando al pueblo como principal beneficiario, esta prometía una redistribución de recursos e incluso la oportunidad de librarse

---

tanto con comunistas como con capitalistas; 2) El rechazo de teorías conspiratorias que hacían de los judíos o los plutócratas los responsables de los desarrollos negativos en la historia reciente; 3) La idea de abandonar el pacifismo y la convicción de que era necesario emplear el poder del Estado para combatir tanto al fascismo doméstico como al Eje. (Agradezco al autor haberme facilitado una copia de su trabajo).

de la tiranía del capitalismo. En México y Argentina, el antifascismo titubeó también entre la mirada nostálgica al pasado y la impaciencia por cambiar el curso de la historia. Me refiero al llamado a la renovación radical de la sociedad (por ejemplo, siguiendo los postulados de la Revolución Mexicana) y a la restauración de valores libertarios que se suponían olvidados (por ejemplo, volviendo a la «tradición de mayo» de los próceres de la independencia argentina). Sin embargo, la división entre estas dos estrategias discursivas —inventar el futuro o retornar al pasado— no es absoluta, puesto que ambas proponen reactivar procesos históricos que habían quedado *inconclusos* y que debían ser retomados y llevados a plenitud.

En el resto de mi ponencia, me referiré en términos generales a la evolución del antifascismo en México y Argentina en los años treinta y cuarenta. Existe una notable asimetría respecto de la historiografía sobre el tema en cada país: el antifascismo mexicano puede describirse como una veta riquísima que, aún sin explotar, permanece engarzada en la bibliografía en torno al nacionalismo revolucionario, esto es, el pensamiento originalmente emanado de la Revolución y que —con un malabarismo ideológico no del todo ajeno al antifascismo— sirvió para justificar la permanencia en el poder de los regímenes posrevolucionarios a lo largo del siglo xx. En el caso argentino, los estudios sobre el antifascismo viven un momento de renacimiento, ejemplificado en las obras de Ricardo Pasolini, Andrés Bisso y José Zanca. Es cierto que, en el caso de Argentina, el antifascismo goza de mayor antigüedad que en México, puesto que se remonta a las disputas ideológicas en el seno de la comunidad italiana tras el ascenso de Mussolini al poder y que, a mediados de los años cuarenta, adquiriría una vertiente autóctona al trocarse en antiperonismo. Adicionalmente, me valdré del exilio —específicamente, del organizado políticamente— como un acicate para pensar sobre el cruce de culturas antifascistas europeas y latinoamericanas. Añado que este trabajo es «work in progress» y que no pretendo ofrecer un panorama exhaustivo o erudito del tema, sino más bien insistir en las virtudes del antifascismo como una potente herramienta para entender cómo los conflictos europeos sirvieron a los latinoamericanos para repensar su lugar en el mundo, así como clarificar la interacción entre exiliados y sociedades receptoras.

¿Cómo justificar una comparación entre estos dos países? Ello permitiría arrojar luz sobre dos tipos básicos de antifascismo y aquí me valgo de una idea de Fer-

nando Devoto como principal hipótesis de trabajo: el antifascismo como política gubernamental en el caso de México, y como asunto de la sociedad civil en el caso de Argentina. Esto posibilitaría entender, en el caso mexicano, el protagonismo estatal y un discurso antifascista que terminó adaptándose a las prioridades del gobierno en el poder, aunque con la ventaja de poder traducirse en políticas efectivas y de largo alcance. En el caso argentino, las raíces más hondas del antifascismo en la oposición política a los regímenes surgidos tras el golpe de Estado de 1930, así como su *mise en scène* en un país con una tradición migratoria mucho más rica que la de México, lo que permitió un diálogo mucho más intenso entre exiliados del fascismo y las comunidades previamente arraigadas de españoles, alemanes o italianos.

¿Qué particularidad podría darse al enfoque? Volviendo a la idea de Enzo Traverso del antifascismo como «cultura del exilio», creo que es importante tomar en cuenta la contribución de las sociedades locales a la definición del sentido y de las metas de la lucha. Parto del supuesto de que una de las tareas fundamentales de cada agrupación política del exilio antifascista fue la búsqueda —o, más bien, la construcción— de una audiencia y que, para sobrevivir en el nuevo escenario político, era necesario adaptarse a los usos y costumbres locales. Más que una exaltación de los particularismos, se trata de enfocar al antifascismo desde una perspectiva transnacional, en el contexto del surgimiento de una sociedad global cada vez más conectada entre sí. Como señala Hugo García, el antifascismo se nutrió del surgimiento de una literatura antifascista desde mediados de la década de 1920, así como de «repertorios globales de protesta» al seno del movimiento obrero y de organizaciones internacionales, más contactos motivados por el exilio entre intelectuales europeos —y, añadiríamos, americanos<sup>7</sup>. García sugiere concentrarse en los signos más elocuentes del carácter transnacional del antifascismo, enfatizando las novedades que tuvieron lugar en estos ámbitos, extensibles al caso mexicano y argentino: el vocabulario político, la cultura visual, los modelos políticos disponibles, más un nuevo panteón de héroes y mártires.

---

<sup>7</sup> Hugo García: «*Transnational history: towards a new “anti-fascist paradigm”?*», ponencia presentada en la conferencia internacional «Antifascism as a Transnational Phenomenon: New Perspectives of Research» (Sarrebruck, Alemania, 13-14 de octubre de 2014). Agradezco al autor haberme facilitado una copia de su trabajo.

## I. UN RECORRIDO POR EL ANTIFASCISMO MEXICANO

Empiezo por México, a mediados de los años treinta, donde el punto de partida del antifascismo fue la *recreación* de la Revolución Mexicana por parte de grupos de izquierda: lo que fue inicialmente una guerra fratricida se convirtió, en sucesivas relecturas, en una lucha patriótica en pro de la liberación nacional<sup>8</sup>. El marxismo fue visto como una herramienta que permitiría llevar a la Revolución Mexicana a su cabal realización: una sociedad socialista que pusiera fin a la concentración del poder y de la propiedad en unas cuantas manos. Esta puesta al día de la Revolución sirvió también de vehículo para la nueva sensibilidad antifascista, en tanto que el pasado revolucionario de México permitió al país colocarse al lado de la Unión Soviética en pie de igualdad, así como justificar el apoyo del país hacia la causa de la República española durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1936-1940). De ahí que, en 1938, Hernán Laborde, secretario general del Partido Comunista de México, se refiriera a México y a la URSS, únicos países que apoyaron la causa republicana hasta el final, como «factores de paz y progreso frente a la barbarie y la agresividad del fascismo»<sup>9</sup>.

El trasfondo del antifascismo mexicano fue la alianza estratégica establecida entre el Estado posrevolucionario y amplios sectores de la izquierda, una vez que esta le brindó su autoridad moral y le confirmó su papel como portavoz privilegiado de la nación<sup>10</sup>. Este apoyo fue crucial para que Cárdenas llevara adelante no solo su política de apoyo a la República española, más la posterior acogida de veinte mil exiliados republicanos, sino un reparto de tierras sin precedentes, la nacionalización de la industria petrolera y el otorgamiento de mayores derechos para los trabajadores. En particular, Cárdenas estableció una «relación de apoyo mutuo» con el líder obrero Vicente Lombardo Toledano, quien, como cabeza de la recién creada Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936 y fundador de la Con-

---

<sup>8</sup> Me baso principalmente en: Andrea Acle-Kreysing (2016): «Antifascismo: un espacio de encuentro entre el exilio y la política nacional. El caso de Vicente Lombardo Toledano en México (1936-1945)», *Revista de Indias*, LXXVI:267, 573-609. Doi:10.3989/revindias.2016.018.

<sup>9</sup> Hernán Laborde (1938): «Méjico y la URSS», *Orientación*, 2:79, Buenos Aires, 29 de diciembre, 10.

<sup>10</sup> Barry Carr (1994): «The Fate of the Vanguard under a Revolutionary State: Marxism's Contribution to the Construction of the Great Arch», en Gilbert M. Joseph / Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 327, 347.

federación de Trabajadores de América Latina (CTAL), se convirtió en el teórico del antifascismo mexicano. Este antifascismo sirvió, ante todo, como instrumento de política interna, en un intento de forzar el giro a la izquierda del partido oficial, así como de conquistar un espacio para las élites sindicales en el reparto del poder. Las simpatías de Lombardo por el comunismo, escindidas entre la sinceridad y el oportunismo, tuvieron un claro límite: su lealtad hacia el partido oficial y su convicción de que el «programa» de la Revolución Mexicana solo podía llevarse a cabo mediante «la vinculación transitoria del proletariado y de otros sectores del pueblo con el Gobierno»<sup>11</sup>. El talón de Aquiles de este antifascismo sería el mismo, no solo de aquella izquierda que puso sus esperanzas en el Estado, sino del propio movimiento obrero, cuya aceptación de la «tutela gubernamental» terminaría en sumisión<sup>12</sup>.

Pero ni el movimiento obrero era toda la izquierda ni esta era monolítica: en todo caso, la actuación de los «lombardistas» tuvo una polémica más grande como marco, la de comunistas *versus* trotskistas, de la cual México se convirtió en escenario privilegiado, tras la decisión de Cárdenas de dar asilo a León Trotsky, el más grande crítico del estalinismo desde la izquierda, en diciembre de 1936. Ello llevó a Lombardo a disentir públicamente de esta decisión: lo interesante no es que hubiera llamado a Trotsky «agente nazi», sino «prevaricador de la revolución [mexicana]», puesto que este cuestionaba la eficacia del modelo de frentes populares propugnado por la Comintern y que —según Lombardo— reflejaba también la estructura del partido oficial en México<sup>13</sup>. De romperse esta alianza entre el pueblo y el gobierno, advertía Lombardo, se abriría la puerta al fascismo. Para comprender qué entendía por fascismo, nada mejor que buscar la respuesta en la revista *Futuro* (1933-1946), dirigida por este y donde la oposición en torno a dos guerras —la civil en España y la mundial— se articuló en torno a una retórica similar, en contra del «fascismo de dentro y el de afuera»<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> Vicente Lombardo Toledano (1937): «El asilo de México para León Trotsky y la actitud del proletariado mexicano», *Futuro*, 3a época, núm. 11, enero, 9-11.

<sup>12</sup> Durante el sexenio de Cárdenas, la incorporación de los sindicatos al partido oficial dio al traste con la posibilidad de que existiera un sindicalismo libre o a un partido obrero independiente. Jean Meyer (1971): «Los obreros en la Revolución Mexicana: los “Batallones Rojos”», *Historia Mexicana* 21:1, 15-17, 32-34.

<sup>13</sup> Lombardo Toledano (1937): «El asilo...», 9-11.

<sup>14</sup> Lombardo Toledano: *Unidad contra el fascismo* [discurso pronunciado como presidente de la Confederación de Trabajadores de América Latina], 07-VII-1941, Fondo Histórico Vicente Lombardo Toledano (en adelante FHVLT), legajo 422, id. 23638.

En las páginas de *Futuro*, el antifascismo se convirtió en un llamado en pro de la autonomía política y económica, o en contra del imperialismo y de las oligarquías locales «que defienden el derecho divino de los privilegios y del señorío que comparten en mínima porción con el amo extranjero»<sup>15</sup>. De ahí que la lucha del proletariado español en contra de un «gobierno latifundista y clerical» se propusiera como ejemplo para América Latina<sup>16</sup>. Había que estar alerta ante la alianza establecida entre el «reaccionarismo latinoamericano» y el fascismo internacional, ambos interesados en reprimir cualquier intento de cambiar esta situación so pretexto de un «peligro comunista»<sup>17</sup>. Además, este antifascismo dio lugar a una revisión de la historia nacional, esto es, una mirada retrospectiva a la historia de México, especialmente los conflictos entre liberales y conservadores durante el siglo XIX, prefigurando la división entre amigos y enemigos de la Revolución Mexicana. Estos últimos eran vistos como el antecedente directo de la derecha fascista, cuyo credo se resumía en: «no permitamos ninguna transformación social en nuestro país [...] y para ello invoquemos la ayuda del extranjero y la ayuda de Dios Todopoderoso»<sup>18</sup>.

Me detengo en la narración para consignar un caso interesante de mestizaje en las ideas antifascistas. Queda claro que el apoyo a la República española fue interpretado, por Lombardo e intelectuales cercanos a este, como una manera de apuntalar el programa revolucionario de México. Lo que no es tan evidente es que la defensa de la Revolución Mexicana fuera utilizada por exiliados españoles para mantenerse firmes en su propio credo republicano. Así que me referiré brevemente a *Sinaia. Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México* (mayo-julio de 1939)<sup>19</sup>. En las páginas de este diario, impreso a bordo,

---

<sup>15</sup> Luis Fernández del Campo (1937): «La represión contra el proletariado argentino», *Futuro*, 3ª época, núm. 13, abril, 26.

<sup>16</sup> Vicente Lombardo Toledano: *Nuevo mensaje al proletariado español*, 6 de noviembre de 1936, y *¿Puede ser considerado México como el molde revolucionario para todos los países de la América Latina? Respuesta a un estudio del doctor Nicolás Repetto, líder del Partido Socialista de la Argentina*, mayo 1937, FHVLT, legajo 285, id. 16742 y legajo 294, id. 17130.

<sup>17</sup> Narciso Bassols (1937): «México ante España», *Futuro*, 3ª época, núm. 14, abril, 28-30.

<sup>18</sup> Vicente Lombardo Toledano (1940): «La situación actual» (discurso pronunciado en la Sesión Solemne del Consejo Nacional del Partido de la Revolución Mexicana el 21 de mayo de 1940), *Futuro*, 3ª época, núm. 52, junio, 8.

<sup>19</sup> Fondo Histórico Ateneo Español de México, Sección: Exilio, Serie: II República en el exilio, caja 25, exp. 312.

se describieron con emoción las ideas avanzadas del presidente Cárdenas, que hacían de México no solo una «República hermana», sino un país progresista donde los exiliados recibirían un trato de «ciudadanos libres»<sup>20</sup>. Apoyar la política de Cárdenas se convertiría, entonces, en una faceta más del «cumplimiento del deber de antifascistas»<sup>21</sup>. Se afirmaba también que México había acogido a los republicanos por haber luchado «contra las mismas castas que significaron su servidumbre, su miseria y su atraso». Ayudar a México implicaría, por tanto, seguir la lucha contra el fascismo, «que es atraso, incultura y esclavitud». Y, por último, el antifascismo se proponía como *un remedio contra la discordia*: se exhortaba a dejar atrás las luchas políticas y sindicales, ya que en México «somos todos de una sola condición: antifascistas»<sup>22</sup>.

Se ha especulado sobre la posibilidad de que Cárdenas tuviera la suerte de la República española en mente al momento de elegir su sucesor y que, deseoso de evitar que la política mexicana se polarizara aún más, decidiese apoyar al moderado Manuel Ávila Camacho, quien ocupó la presidencia de 1940 a 1946<sup>23</sup>. Su administración estuvo marcada por un discurso centrado en la unidad nacional, que justificaba el fin del radicalismo y el aplazamiento de las promesas revolucionarias, el cual se vería fortalecido por la entrada de México en la Segunda Guerra Mundial en junio de 1942. En consecuencia, esta época estuvo marcada por el repliegue del antifascismo revolucionario y el nuevo énfasis en la defensa de la «democracia», bajo la creciente influencia de los Aliados en los medios de comunicación mexicanos, quienes moldearon las percepciones de la guerra a su favor<sup>24</sup>. En aras de ilustrar la variedad de significados que tomó la lucha antifascista en esta disyuntiva, me referiré al Primer (¿y único?) Congreso Antifascista organizado por Acción Democrática Internacional en la Ciudad de México a inicios de 1942<sup>25</sup>.

---

<sup>20</sup> s.a. (1939): «Las ideas del presidente Cárdenas», *Diario Sinaia*, núm. 1, 26 de mayo, 4.

<sup>21</sup> Antonio Zozaya (1939): «España y México», *Diario Sinaia*, núm. 14, 14 de junio, 3.

<sup>22</sup> «Puntualizando lo que pasa en el mundo» y «Colaboración: Rumbo a México», *Diario Sinaia*, núm. 15, 9 de julio de 1939, 1-2.

<sup>23</sup> Luis Aboites / Engracia Loyo (2010): «La construcción del nuevo Estado, 1920-1945», en Eric Velásquez García *et al.*, *Nueva Historia General de México*, México, El Colegio de México, 643.

<sup>24</sup> Friedrich E. Schuler (1998): *Mexico Between Hitler and Roosevelt. Mexican Foreign Relations in the Age of Lázaro Cárdenas, 1934-1940*, Albuquerque, New Mexico University Press, 147-150.

<sup>25</sup> *Primer Congreso Antifascista. México, enero, febrero, 1942. Memoria-resumen*, México, Acción Democrática Internacional, Talleres de «El libro Perfecto», 1942.

El congreso abrió con las palabras del presidente de Acción Democrática, Raúl Cordero Amador, saludando «a todas las delegaciones que representan a los países víctimas del nazi-fascismo, cuyo primer lugar, en tiempo y en decoro, corresponde a la España Republicana» y enviando abrazos «para los pueblos víctimas de los Hitlers y Mussolinis criollos»<sup>26</sup>. ¿Cuál era el peligro que el fascismo representaba para México? Según el diputado Alfredo Félix, el país no se había librado de la plaga de «quintacolumnistas» que trabajaban «bajo la dirección de extranjeros, capitalistas mexicanos y españoles falangistas». Tal era el caso de los partidos que se oponían a la Revolución y al «gobierno democrático» de México, como los sinarquistas<sup>27</sup>. Para combatir el «nazi-fascismo», insistía Cordero, era preciso trabajar para que imperara la democracia en México; además, se debía destruir la desconfianza que existía entre Estados Unidos y México, quienes compartían una causa «sustancialmente antifascista»<sup>28</sup>. Respecto de la Argentina, su neutralidad frente a la guerra, en cuanto obstáculo para la unidad continental, recibió fuertes críticas. Un delegado argentino, vecindado en México, levantó la voz para contar con sorna cómo un sinarquista mexicano le había dicho que el único gobierno aceptable en América era el argentino, así como también para lamentar que este no representara el sentir democrático del pueblo argentino<sup>29</sup>.

En el Primer Congreso Antifascista no faltaron ni las discordias entre comunistas y trotskistas, acusados de formar parte de la quinta columna, ni las puntualizaciones, puesto que se cuestionó la sinceridad de algunos «demócratas» latinoamericanos, como el dictador Trujillo de República Dominicana<sup>30</sup>. Pero las puntualizaciones vinieron sobre todo de los propios exiliados. El escritor Ludwig Renn, delegado de

---

<sup>26</sup> *Primer Congreso...*, 19, 21.

<sup>27</sup> *Primer Congreso...*, 24-25. La Unión Nacional Sinarquista, fundada en 1937, fue un movimiento ultranacionalista y anticomunista, cercano a la Falange Española, que había surgido en oposición al radicalismo de Cárdenas. Como otras organizaciones de extrema derecha, afines al hispanismo (Confederación de la Clase Media, la Unión Pro-Raza y la Acción Mexicana Revolucionaria), aquella nunca rebasó el centenar de miembros. Ricardo Pérez Montfort (1984): «Notas sobre el falangismo en México (1930-1940)», en Brígida von Mentz / Ricardo Pérez Montfort / Verena Radkau (eds.), *Fascismo y antifascismo en América Latina y México (apuntes históricos)*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 61-78.

<sup>28</sup> Raúl Cordero Amador (1942): «Cómo combatir el nazi-fascismo en México», en *Primer Congreso...*, 99-101.

<sup>29</sup> *Primer Congreso...*, 120.

<sup>30</sup> *Primer Congreso...*, 105-106, 110.

«Alemania Libre» (*Freies Deutschland Bewegung*), la organización alemana antinazi más importante de México, repitió el *leitmotiv* que caracterizaría al exilio alemán en América: ni todos los alemanes eran nazis, ni Hitler era Alemania<sup>31</sup>. Uno de los líderes de la *Alleanza Internazionale Giuseppe Garibaldi*, Francesco Frola, situó la génesis del fascismo en Italia y describió el proceso por el cual este se convirtió en «la organización sistemática del bandolerismo político»<sup>32</sup>. El congreso terminó con peticiones para que los gobiernos democráticos reconocieran a la República como gobierno legítimo de España y para que se dejara en libertad a antifascistas célebres como Rudolf Leonhard, Earl Browder o Luis Carlos Prestes. Envueltas en una nube de aplausos, las últimas palabras rayaron en el idealismo más descabellado: «¡Que se acabe Europa si ha de seguir en manos de los nazi-fascistas; que surjan nuevos continentes para que la libertad cobije a todos los pueblos de la tierra!»<sup>33</sup>.

El advenimiento de un nuevo tipo de discurso antifascista —que, si exaltaba a la revolución, era más para proteger a las instituciones que para cambiarlas— puede medirse en la insistencia con que se pregonaba la unidad, ya no de América Latina luchando contra el imperialismo, sino de América como continente con Estados Unidos a la cabeza. Ahora bien, en términos de política migratoria, sí hubo una continuidad importante entre Cárdenas y Ávila Camacho, por ejemplo en la acogida de exiliados políticos germano-hablantes. Estos eran comunistas, en su mayoría, y muchos habían participado en la guerra civil española. Que México los acogiera, cuando muchos países los consideraban indeseables, fue algo excepcional. A ellos se debe, en gran parte, que el gobierno de Ávila Camacho apoyara la publicación de los diez mil ejemplares de *El libro negro del terror nazi en Europa: testimonio de escritores y artistas de 16 naciones*<sup>34</sup>. Aquellos lograron unir fuerzas con figuras claves del exilio alemán en Estados Unidos (Thomas Mann y Lion Feuchtwanger), del exilio español en México (Juan Rejano y Antonio Mije) y de la política mexicana como Lombardo y Antonio Castro Leal. La novedad —y el mérito— del libro radican en el tratamiento abierto de los capítulos más

---

<sup>31</sup> *Primer Congreso...*, 45.

<sup>32</sup> Francesco Frola (1942): «Análisis del origen y del desarrollo del nazifascismo», en *Primer Congreso...*, 42-43.

<sup>33</sup> *Primer Congreso...*, 127-128, 131, 147.

<sup>34</sup> VV. AA.: *El libro negro del terror nazi en Europa. Testimonios de escritores y artistas de 16 naciones*, México, Editorial «El Libro Libre», 1943.

difíciles de la guerra: desde sus antecedentes en España, hasta una descripción detallada de las atrocidades del nazismo, incluyendo los crímenes cometidos en contra del pueblo judío. A los testimonios elocuentes, se añadía la persuasión ejercida por una fotografía o un grabado. *El libro negro* constituye así un ejemplo del antifascismo como cultura visual que surgió de la colaboración entre artistas mexicanos y exiliados europeos<sup>35</sup>. Cabe añadir que *El libro negro* reflexionó también sobre los «disfraces del nazismo» en América, como un «hispanismo rabioso que no comparten ni los españoles» o un énfasis en la supuesta necesidad de un «gobierno férreo» que pusiera un dique a la propagación del comunismo, más ataques en contra del liberalismo y de los «movimientos populares modernos», como la Revolución Mexicana<sup>36</sup>.

Por último, el caso mexicano permite poner a prueba la siguiente hipótesis: que el objetivo último de todo antifascismo es influir en la construcción del mundo de la posguerra. Tomando en cuenta que el antifascismo no fue un movimiento monolítico, la respuesta no puede ser absoluta. El acercamiento con Estados Unidos durante la guerra sí trajo a México beneficios concretos, como acuerdos en materia comercial y de braceros, más un tratado de aguas que todavía hoy continúa vigente<sup>37</sup>. La guerra marcó para México el inicio de un auge económico, así como de la construcción de una sociedad más urbana y moderna, de la mano de un gobierno federal cada vez más fuerte. Tareas que parecían menos urgentes, como remediar la precariedad democrática del país, fueron hechas a un lado. En este sentido, podría decirse que las promesas del antifascismo revolucionario quedaron incumplidas, aunque habría que añadir que las simpatías

---

<sup>35</sup> Su diseño estuvo a cargo de Hannes Meyer, arquitecto suizo y antiguo director de la Bauhaus. Un gran número de las ilustraciones provinieron del Taller de Gráfica Popular, cuya dirección emprendería Meyer (1942-1943, 1946-1949) y luego el periodista alemán Georg Stibi (1943-1946). El Taller había sido fundado en 1937 y, según sus estatutos, se comprometía a luchar en contra de la amenaza fascista. Sus primeros trabajos se caracterizaron por la defensa de la República española y la recreación heroica de la Revolución Mexicana. Helga Prignitz-Poda (2002): «Der TGP im Krieg. Hannes Mayer und Georg Stibi als Geschäftsführer der La Estampa Mexicana», en Helga Prignitz-Poda / Christina Adam / Ulrike Mühlshlegel / Monika Zessnik (eds.), *Taller de Gráfica Popular. Plakate und Flugblätter zu Arbeiterbewegung und Gewerkschaften in Mexiko 1937-1986*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut-Stiftung Preussischer Kulturbesitz, 18-20.

<sup>36</sup> Antonio Castro Leal (1943): «Introducción» y Vicente Lombardo Toledano: «Destrucción total del régimen nazi-fascista», en *El libro negro...*, 12-13, 277-279.

<sup>37</sup> Luis Aboites / Engracia Loyo (2010): «La construcción...», 644-647.

comunistas o los principios marxistas se volvieron objeto de crecientes sospechas en un escenario internacional que anunciaba la polarización ideológica de la Guerra Fría. Finalmente, el antifascismo terminó diluyéndose en el seno del discurso del nacionalismo revolucionario que, si bien dejaría de ser revolucionario en el sexenio de Miguel Alemán (1946-1952), siguió conservando una capacidad para incorporar demandas provenientes tanto de la derecha como de la izquierda, aunque a precio de perder su credibilidad<sup>38</sup>.

## II. PANORAMA DEL ANTIFASCISMO ARGENTINO

En esta segunda parte, daré un repaso sucinto del desarrollo del antifascismo argentino. La historiografía sobre el tema se caracteriza, según Ricardo Pasolini, por el deseo de rescatar al antifascismo del olvido histórico y de una supuesta condición de «tópico periférico de la memoria política»<sup>39</sup>. Según Andrés Bisso, el estudio del antifascismo es también un antídoto contra el imaginario que supone a la Argentina como caldo de cultivo propicio para el nazismo o un refugio de nazis tras la posguerra<sup>40</sup>. En realidad, según propone este mismo autor, el antifascismo en Argentina sirvió como «herramienta política y de movilización social» que partía del supuesto de que la debilidad democrática del país lo hacía vulnerable a «ciertas asechanzas extrañas» —léase fascistas.

Un golpe de Estado en septiembre de 1930 marcó el fin de varias décadas de gobierno constitucional en Argentina, y dio inicio a un período en el que una larga serie de democracias débiles caerían presa de intervenciones del ejército y dictaduras militares, período que se prolongó hasta la década de 1980<sup>41</sup>. Los gobiernos que siguieron al golpe de 1930 (José Félix Uriburu, Agustín P. Justo,

---

<sup>38</sup> Nicolás Cárdenas / Mauricio Tenorio (2011): «Mexico 1920s-1940s: Revolutionary Government, Reactionary Politics», en Stein Ugelvik Larsen (ed.), *Fascism Outside Europe. The European Impulse against Domestic Conditions in the Diffusion of Global Fascism*, Nueva York, University of Columbia Press, 608-609.

<sup>39</sup> Ricardo Pasolini (1998): «El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales», *Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 1:2, septiembre, 44.

<sup>40</sup> Andrés Bisso (2007): *El antifascismo argentino*, Buenos Aires, Buenos Libros-CeDInCI, 15-17.

<sup>41</sup> David Rock (1984): «Argentina. 1930-1946», en Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, Cambridge, University Press, vol. VIII, 4.

Roberto M. Ortiz y Ramón S. Castillo) simbolizaron la reacción de las élites oligárquicas en contra de la democratización de la política, luego de que el sufragio libre y secreto fuera introducido en 1912, pero también lo que sus oponentes denominaron «fascistización» de la política argentina. Ello se debe también al profundo cambio ideológico que, según David Rock, tuvo lugar en Argentina: el ocaso del liberalismo, simbolizado por la prevalencia del fraude electoral y los ataques al gobierno constitucional, seguido del ascenso del nacionalismo, el cual culminaría en la revolución de 1943 y —poco más tarde— en la llegada de Juan Domingo Perón al poder<sup>42</sup>. El nacionalismo estaría ligado al pensamiento de derecha y haría de su compromiso con la reforma social una estrategia para sobreponerse a discursos rivales, tanto liberalismo como comunismo. Durante las décadas de 1930 y 1940, este desarrollo fue resistido por una suerte de «frente popular» que amalgamó a los opositores del gobierno (socialistas, radicales, comunistas, sindicalistas, demócratas progresistas) cuya crítica se centró en señalar los rasgos «nazi-fascistas» del régimen. De ahí que, para Fernando Devoto, el antifascismo argentino —en claro contraste con el de México— haya sido un asunto restringido a la sociedad civil o, en otras palabras, un discurso forjado desde la oposición al poder.

La nota más distintiva de este antifascismo fue la conexión establecida entre la izquierda opositora al régimen y la tradición liberal argentina, por lo que aquella asumía un llamado: llevar el ideal democrático supuesto por el «mandato revolucionario de Mayo [de 1810]», tantas veces frustrado y postergado, a su plena realización —algo parecido a la revolución *pendiente* del antifascismo mexicano<sup>43</sup>. De ahí que, en los círculos comunistas, «marxistas liberales» como los llama Pasolini, coexistieran el rescate de la tradición republicana y los elogios a Sarmiento y Echeverría, con la exaltación de la URSS como cúspide del desarrollo social. O que el socialismo se arrogara la misión de llevar a cabo una segunda Revolución de Mayo, la cual supondría la unión de los partidos democráticos, legítimos representantes de la sociedad civil, para proteger a la «democracia amenazada»<sup>44</sup>. En el

---

<sup>42</sup> David Rock (1984): «Argentina...», 4-5.

<sup>43</sup> Ricardo Pasolini (2013): *Los marxistas liberales...*, 62-64.

<sup>44</sup> Andrés Bisso (2011): «La recepción de la tradición liberal por parte del antifascismo argentino», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*, 12:2, jul-dic. (disponible en <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/980/1015>).

antifascismo argentino coexistieron, siguiendo la línea propuesta por Seidman y mi propio análisis del antifascismo mexicano, lo que Bisso llama una «disyuntiva entre tradición y revolución»: por un lado, una acepción revolucionaria y cercana al comunismo, con un enfoque anticapitalista y antiimperialista; por el otro, un énfasis en la defensa de la civilización y de la propia nacionalidad, necesariamente reflejadas en instituciones democráticas y liberales<sup>45</sup>.

La década de 1920, según Bisso, no marcó el inicio propiamente dicho del antifascismo argentino como «apelación de uso interno», puesto que, prescindiendo de la vitalidad de los debates en el seno de la colectividad italiana, «la mención conjunta de fascismo y política nacional [permaneció] en estado larvado y alegórico»<sup>46</sup>. Para la década de 1930, la «prédica antifascista» se asimiló a la realidad local y sirvió como un nuevo vocabulario de denuncia para descalificar a rivales políticos y, especialmente, a sucesivos gobiernos en el poder, criticándolos por diversas razones: al de Uriburu, por haber encabezado una «dictadura clerical-fascista»; al de Justo, por la neutralidad durante la guerra civil española, que fue interpretada como complicidad con Franco; al de Ortiz, amén de su talante pro-Aliados, por la tolerancia respecto de la supuesta penetración nazi en la Argentina, y al de Castillo, por la reactivación del fraude y su acercamiento a sectores nacionalistas. El golpe militar de junio de 1943, según Bisso, pronto se tradujo en desilusión para los llamados «sectores democráticos», dado que el país mantuvo su neutralidad y debido a la creciente represión política interna —la misma que, para 1944, dio lugar a una Resistencia. Las expectativas abiertas en 1945, tras el abandono del neutralismo (Argentina le declaró la guerra al Eje dos meses antes de la rendición de Alemania) y por el fin del conflicto bélico en Europa fueron gradualmente desapareciendo ante el ascenso de Perón. Este se constituyó en el arquetipo máximo del «fascismo criollo» y en el motivo por el cual la Resistencia se trocó en Unión Democrática, la cual libró una campaña fallida para obstaculizar la llegada al poder del llamado «naziperonismo». En los años del peronismo, el antifascismo argentino —concluye Bisso— iría desvaneciéndose y perdiendo su capacidad de convocatoria.

---

<sup>45</sup> Andrés Bisso (2007): *El antifascismo argentino...*, 55.

<sup>46</sup> Para la evolución histórica del antifascismo argentino me baso en *ibid.*, 38-48, 62.

¿Podría decirse que el antifascismo argentino vio frustrado su objetivo máximo, el de ejercer una influencia decisiva en la posguerra?

Con ánimos de ensayar una mirada comparativa entre México y Argentina, me referiré a dos instancias que considero interesantes: en primer lugar, la «ejemplaridad» de México en el discurso antifascista argentino, debido a su compromiso con la República española y a su participación en la Segunda Guerra Mundial; en segundo lugar, una reflexión sobre la relación entre los tipos ideales de antifascismo ya mencionados —como política de gobierno y como asunto de la sociedad civil—, tomando en cuenta la interacción entre compleja relación establecida entre exiliados, colectividades pre-existentes (alemana, italiana, española, judía) y grupos antifascistas locales.

Volviendo al primer tema, quisiera explorar la imagen de México como «águila que cumple», justificada por la política exterior del país, pero relacionada también con el intento más o menos deliberado de convertir al México «revolucionario» en artículo de exportación. A continuación, me referiré a dos ejemplos que ilustran la buena fama de México en los medios antifascistas de Argentina, motivados por la declaración de guerra que México hizo al Eje en junio de 1942. En septiembre de ese mismo año, el diario *España Republicana* de Buenos Aires anunció un «Homenaje Español a México» en el estadio Luna Park de la capital, con motivo del 132 aniversario de la independencia mexicana, organizado por la Federación de Sociedades Democráticas Españolas (FSDE). Tal evento fue concebido como «una emocionada demostración de la fervorosa gratitud que profesan a México los españoles residentes en la Argentina» para celebrar que este país, tras ser agredido «por las mismas potencias que sojuzgaron a España», se hubiera incorporado a la guerra al lado de los Aliados<sup>47</sup>. En su discurso durante el homenaje, Augusto Barcia, presidente de la FSDE, volvió a insistir en el temprano compromiso que México había asumido en contra del «totalitarismo», que hacía del apoyo prestado a la República española y de la entrada en la guerra una hazaña inédita, y de Cárdenas y Ávila Camacho, «figuras próceres y nobilísimas»<sup>48</sup>. Envuelto en una atmósfera cargada de vivas y ovaciones, el embajador de México elogió la

---

<sup>47</sup> «Homenaje español a México», *España Republicana*, año 25, núm. 658, sábado 12 de septiembre de 1942, 1.

<sup>48</sup> «El Acto de Luna Park de Homenaje Español al Pueblo y Gobierno Mexicanos. El discurso de don Augusto Barcia», *España Republicana*, año 25, núm. 659, sábado 19 de septiembre de 1942, 8-9.

«resonancia y alcance continentales» que tendría el evento<sup>49</sup>. El segundo ejemplo de homenaje a México tuvo lugar, con muchos más matices, en julio de 1942, en un número especial de la *Nueva Gaceta*, la revista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, organización procomunista y militante antifascista. En este número coexistieron, por un lado, la posición oficialista del embajador Reyes Spíndola, empeñado en mostrar cómo el México avilacamachista daba seguimiento a «un amplio programa de reconstrucción económica y de renovación social»<sup>50</sup>. Por el otro, la revista sirvió de escaparate a varias figuras que hablaban de un México más complejo y crítico consigo mismo: el arte del pintor Rufino Tamayo, el tétrico realismo del escritor José Revueltas y un panorama de la poesía mexicana firmado por Andrés Henestrosa<sup>51</sup>.

Además, me gustaría dar pie a una reflexión sobre la relación entre antifascismo y las colonias extranjeras, partiendo del supuesto de que —en términos de su perfil migratorio— México y Argentina son países radicalmente distintos. Basta referirse a las cifras: entre 1880 y 1930, 1,5 millones de italianos y 1,2 millones de españoles se establecieron definitivamente en Argentina, más una comunidad alemana formada por 250 000 personas; en contraste, durante los años treinta, se calcula que había alrededor de 50 000 españoles, 7000 alemanes y 2000 italianos en México<sup>52</sup>. ¿Puede decirse por eso que los debates antifascis-

---

<sup>49</sup> «Discurso del Embajador de México, Octavio Reyes Spíndola», *España Republicana*, año 25, núm. 659, sábado 19 de septiembre de 1942, 8-9. Este número de *España Republicana* dio una lista de «millares de adhesiones» al homenaje a México, provenientes de toda Argentina.

<sup>50</sup> Octavio Reyes Spíndola (1942): «México», *Nueva Gaceta. Revista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores*, Buenos Aires, núm. 16, julio, 3.

<sup>51</sup> Un artículo de Jesualdo (seud. de Jesús Aldo Sosa, «Tres obras esenciales de la cultura maya», *Nueva Gaceta*, julio de 1942, núm. 16, p. 5) ofreció también introducción a los libros sagrados del pueblo maya —que, desconocidos en el resto del continente, probaban qué artificial era el panamericanismo que figuraba como «moneda de curso legal en la compra-venta de la política internacional».

<sup>52</sup> Xosé M. Núñez Seixas (2013): «Notas sobre *Los españoles en Rosario* (1934): Una vindicación republicana de la inmigración española en la Argentina», *Revista de Indias*, 73:259, 858; Franco Savarino (2002): «The Sentinel of the Bravo: Italian Fascism in Mexico, 1922-1935», en Gert Sørensen / Robert Mallett (eds.), *International Fascism, 1919-1945*, London, Frank Cass Publishers, 97-120; Ricardo Pérez Montfort (1992): *Hispanismo y falange: los sueños imperiales de la derecha española y México*, Mexico, FCE; Germán Friedmann (2010): *Alemanes antinazis en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 24, 29, 100-101; y Verena Radkau (1988): «Los Nacionalsocialistas en México», en Brígida von Mentz / Ricardo Pérez Montfort / Verena Radkau / Daniela Spenser (eds.), *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, México, CIESAS, 151.

tas en Argentina tuvieron un carácter mucho más realista y un impacto mucho más profundo en la sociedad que en México? Me refiero, por ejemplo, a una interacción mucho más activa y emocional entre la prensa étnica y la prensa del exilio políticamente comprometido —claro está que, como en el caso de las identidades nacionales, no se trata de categorías absolutas ni de excluir la posibilidad de entrecruzamientos o fusiones, por ejemplo, a modo de asociaciones o publicaciones rivales o paralelas.

Para ampliar este punto, me referiré a un tema que concierne al exilio antifascista alemán, especialmente al procomunista *Freies Deutschland Bewegung*: en el caso de México, se ha insistido en la manera excepcional en que sus miembros tocaron el tema del Holocausto puesto que, lejos de la postura comunista oficial, estos consideraron al antisemitismo como rasgo esencial del nazismo e insistieron abiertamente en la necesidad de indemnizar a las víctimas del antisemitismo en la posguerra<sup>53</sup>. Sin embargo, algo de esta excepcionalidad desaparece al momento de ver cómo *Das Andere Deutschland* (DAD), la organización de alemanes antinazis —y socialdemócratas— en Argentina, trató también el tema del Holocausto. En su afán por insistir en que Alemania y nazismo no eran sinónimos, un afán característico del exilio antifascista alemán, DAD fue duramente interpelado por la prensa judía de Buenos Aires —no olvidando que la comunidad judía más grande de América Latina es la argentina. De ahí un momento memorable como el que relata Germán Friedmann: en 1943, en vista a las atrocidades cometidas contra el pueblo judío y en una polémica con DAD, el periódico *Jüdische Wochenschau* afirmó que se desligaban de toda obligación de defender a la verdadera Alemania y, sobre todo, de distinguir a los buenos de los malos alemanes<sup>54</sup>.

Por último, puede aventurarse la hipótesis de que el apoyo gubernamental que caracterizó al movimiento antifascista en México se convirtió en una ventaja adicional —o una especie de plataforma que otorgaba visibilidad y recursos, a la que se añadía la cercanía estratégica con Estados Unidos— a la hora de impulsar su internacionalización. En el caso del exilio antifascista alemán, puede mencionarse el intento fallido de construir un frente antifascista único (*Einheitsfront*) en

<sup>53</sup> Philip Graf (2011): «Ante el Holocausto: El exilio comunista germano-parlante en la Ciudad de México, 1941-1946», en Giovanni Di Stefano / Michaela Peters (eds.), *México como punto de fuga real o imaginario: el exilio europeo en víspera de la Segunda Guerra Mundial*, Munich, Meidenbauer, 242-243.

<sup>54</sup> Germán Friedmann (2010): *Alemanes...*, 162-163.

1943. La experiencia de un Primer Congreso Antifascista organizado en la Ciudad de México en ese mismo año, con el apoyo abierto del gobierno mexicano y subsidios de la embajada soviética, dio pie para que «Alemania Libre» lanzara la creación de un Comité Latinoamericano de Alemanes Libres. Dada la variedad de desacuerdos de tipo ideológico, este comité estuvo lejos de cumplir sus propósitos, debido en gran parte a la resistencia que «La Otra Alemania» de Buenos Aires puso a ser incorporada en una iniciativa encabezada por comunistas. Estos sabotearon el Congreso de los Alemanes Antifascistas de América del Sur, realizado en Montevideo, también a principios de 1943, propiciando una fractura en el seno del movimiento antinazi argentino<sup>55</sup>. Podría añadirse un ejemplo adicional, relacionado con los intentos de lograr una unidad de acción antifascista en el seno de la comunidad italiana en Argentina. Según relata Federica Bertagna, la asociación «Italia Libera» de Buenos Aires, representante del antifascismo de las clases medias y del empresariado democrático, entró en crisis cuando su comité ejecutivo contempló colaborar con la «Mazzini Society» de Estados Unidos, caracterizada por su anticomunismo y un talante demasiado moderado, al menos según la sección de Buenos Aires. Esta propugnaba la adhesión a la «Alianza Italiana Garibaldi», fundada por el socialista Frola y los comunistas Mario Montagnana y Vittorio Vidali en México. Estos desacuerdos llevaron al fin de «Italia Libera» y al surgimiento de la «Alianza Italiana Garibaldi», filial de la central mexicana, como la «enésima, vana» tentativa de agrupar al antifascismo ítalo-argentino<sup>56</sup>. Prescindiendo que la tensión entre comunistas y no comunistas haya sido uno de los principales obstáculos a la unión, no deja de ser interesante que el movimiento orbitara hacia México, a pesar de la poca relevancia que la comunidad italiana tenía en el país.

Estas son algunas premisas básicas para abordar el estudio del antifascismo en México y en Argentina, partiendo de la convicción de que este no puede entenderse sin analizar la interacción de exiliados y grupos políticos locales a partir de una lectura mucho más atenta a lo que *ambas* partes entendían por peligro fascis-

---

<sup>55</sup> Germán Friedmann (2010): *Alemanes...*, 127; Ronald C. Newton (1982): «Indifferent Sanctuary: German-Speaking Refugees and Exiles in Argentina, 1933-1945», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 24:4, 410.

<sup>56</sup> Federica Bertagna (2007): *La inmigración fascista en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 175-176.

ta, y del reconocimiento de que —no obstante la multiplicidad de voces y la falta de coherencia en las intenciones— ello se tradujo en coincidencias que permitían sentir que la lucha antifascista era compartida. Me falta tiempo para tocar, no solo otros casos de triangulaciones entre México, Argentina y el exilio antifascista europeo, sino más aspectos del antifascismo (como meditación sobre el racismo, como contexto ideológico de la política de asilo, como vindicación cultural de América Latina, como humanismo o como llamado a politizar la experiencia del exilio) que hacen de este tema un universo que merece seguir siendo explorado.